

Der Geist von Weihnachten

Es ist kurz vor Heilig Abend, ein vierundzwanzigster Dezember. Gemäß der alten Traditionen und Gewohnheiten beginnen in den verschiedensten Gegenden dieser Welt die Vorbereitungen auf ein fröhliches und gesegnetes Weihnachtsfest. So auch in Peru, wo die Familien sich allerdings bis Mitternacht mit dem Beginn der Feierlichkeiten gedulden müssen. Dann allerdings geht die Vorfreude schnell in eine ausgelassene Stimmung über und ein pompöses Festessen und die Bescherungen für die Kleinen werden von einem aufwendigen Feuerwerk begleitet.

Darauf folgen Musik und Tanz bis hinein in die frühen Morgenstunden. Aber die Gegensätze könnten in dem riesigen südamerikanischen Land nicht größer sein, denn vielen Menschen ist es aufgrund ihrer extremen Armut nicht vergönnt an diesen Vergnügungen teilzunehmen. Für sie bedeutet Weihnachten nur Verzweiflung, Entbehrung, Hunger und Hoffnungslosigkeit.

In einer dieser zahllosen armen Familien sagte ein kleines Kind weinend zu seinem Vater: „Vati ich habe großen Hunger! Gibst du mir bitte etwas zu essen!“

Beschämt schaute der Mann auf seinen jüngsten Sohn und antwortete ihm: „Bitte habe noch ein

wenig Geduld, mein Junge. Deine Mutter ist sicher gleich zurück.“

Was sonst auch hätte er anderes antworten können? Die große Holzkiste, in der sie sonst ihre Lebensmittel aufbewahrten, war leer. Sie befand sich in der mit einem alten Bettlaken vom staubigen Wohnraum abgegrenzten Kochnische. Einen Kühlschrank besaß die Familie Gonzales nicht. Elektrischen Strom gab es, wenn überhaupt, nur für einige wenige Augenblicke am Tag.

Herr Gonzales meinte zu seiner Frau Maria: „Meine liebe Frau, welch ein Unglück! Es ist Weihnachten und unsere Kinder leiden Hunger, dazu befürchte ich, dass an Geschenke für sie wieder einmal nicht zu denken ist.“

Der kleine Junge der Familie Gonzales lief auf die Straße und schaute den anderen Kindern aus der Nachbarschaft beim Ballspielen zu. Ein unwiderstehliches Verlangen nach dem Ball zu greifen, überfiel ihn. Es war Fernando, der zweite Sohn von Herrn Gonzales, einem der ärmsten Bürger der Stadt. Seine Familie lebte in einer einfachen Behausung aus Lehm und Adobe am Ortsrand von Nazca.

Der Junge dachte: „Warum kauft mir mein Vater nicht auch einen solchen Ball, wie die anderen Kinder schon längst einen bekommen haben? Ich habe überhaupt nichts! Sie schauen mich nicht einmal an.“

El Espíritu Navideño

Falta poco tiempo para que llegue la Nochebuena. Cada veinticuatro de diciembre, en diferentes lugares del mundo empiezan los preparativos para la fiesta de la Navidad según antiguas tradiciones y costumbres. También en Perú, donde las familias sin embargo tienen que esperar hasta la medianoche para comenzar con el inicio de las celebraciones. Iniciada la fiesta, rápidamente el ambiente se vuelve bullicioso y alegre. Un pomposo banquete decora la mesa y hay regalos para los más pequeños. Además espléndidos fuegos artificiales estallan en el cielo. Con música de fondo, los bailes y la diversión continúan hasta las primeras horas de la mañana. Pero el contraste social y económico no podría ser más grandes en este gran país sudamericano. Debido a su extrema pobreza muchas personas no pueden participar de estos placeres. Para ellos, la Navidad, sólo significa desesperación, privaciones, hambre y desesperanza. En una de las innumerables familias pobres, un niño pequeño habla llorando con su padre: "Papá tengo hambre!" "quiero comer"

El hombre miró avergonzado y preocupado a su hijo más pequeño y le respondió: 'Espera hijo, pronto llega tu mamá'

¿Qué otra cosa le podría responder? La caja grande de madera situada en la cocina, donde guardan los alimentos, estaba vacía. La cocina estaba en una el polvorienta habitación, separada del dormitorio por

una sábana vieja. La familia Gonzales no tenía nevera y la electricidad sólo había por algunas horas al día.

El Sr. Gonzales conversó con su esposa: " Amor esto es terrible! Es Navidad y nuestros niños tienen hambre. Y otra vez no podemos darles ningún regalo.

El niño de la familia Gonzales corrió a través de la carretera y vió a los otros niños del barrio jugando con una pelota nueva. No se pudo contener al deseo irresistible de agarrar esa pelota. Era Fernando, el segundo hijo del Señor Gonzales, unos de los ciudadanos más pobres de la ciudad. Su familia vivía en una choza de barro y Adobe en las afueras de Nazca.

El niño pensó: "¿porqué mi papá no me compra una pelota, ¿como a los otros niños sus papás les compran? No tengo ningún juguete y nadie quiere jugar conmigo en absoluto! Ni me miran.

"Todo se ha vuelto muy caro", se quejó Doña María ante su marido. "Incluso los huesos de la carne, que siempre estaban más baratos, ahora, casi ni se puede pagar. Y ¿cuántas Navidades han pasado ya, sin que hayamos podido sido capaces de comprar algún regalo para nuestros hijos? Sus ropas están viejas y desgastadas. Ha pasado mucho tiempo, que no hemos podido vestirnos bien ni comemos adecuadamente. "

Miró desconcertada a su marido. Tenía una expresión de aprecio en su rostro. Ella sabía que era un buen hombre, que daría todo por su familia. Y sin embargo, su situación común se ponía cada vez